



FIESTA DE LA PRESENTACION DEL SEÑOR

San Nicolás, 2 de febrero de 2018

Jornada Mundial de la Vida Consagrada

En comunión con toda la Iglesia, convocados por el Señor, celebramos la Jornada Mundial de la Vida Consagrada en fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo.

La Ley Mosaica prescribía que la madre, cuarenta días después del nacimiento del primogénito, tenía que presentarlo en el Templo, donde debía ofrecer un sacrificio al Señor por su purificación. Era el primer encuentro cultural del recién nacido con el Dios de la Salvación; su consagración recordaba al Pueblo de Israel la primacía de Dios sobre la vida y sobre la entera creación. María y José hicieron cuanto estaba prescrito y llevaron a Jesús al Templo. Eran pobres, y no pudiendo comprar el cordero para el sacrificio, ofrecieron un par de tórtolas: en realidad ofrecieron al “verdadero Cordero” para la salvación del mundo.

La fiesta de la Presentación es una de las pocas que celebran en común las Iglesias de Oriente y de Occidente. De ella se tiene memoria ya en los primeros siglos en Jerusalén (se la llamaba del “solemne encuentro”): una procesión por las calles de la ciudad recordaba el viaje de la Sagrada Familia desde Belén a Jerusalén con Jesús recién nacido. Todavía hoy la santa liturgia prevé la procesión y la bendición de las velas que ha dado a esta fiesta el nombre popular de “candelaria”. La luz que se nos entrega nos une, no sólo a María y a José que suben al Templo, sino también a Simeón y Ana, que acogen al niño “luz para alumbrar a las naciones”.

En este día, en el que celebramos la Jornada Mundial de la Vida Consagrada instituida por S. Juan Pablo II, y que este año lleva por lema: “La Vida Consagrada, encuentro con el amor de Dios”, renovamos nuestra respuesta a la elección de Dios, y salimos al encuentro del Señor con la luz

de la Fe, la fuerza de la esperanza y el fuego del amor que el Padre ha encendido en nuestros corazones. Y, así mismo, pedimos al Señor para que los consagrados sigáis siendo “testimonio vivo de que el encuentro con Dios es posible en todo lugar y época, de que su amor llega a todo rincón de la tierra y del corazón humano, a las periferias geográficas y existenciales”, tal como nos recuerdan en esta Jornada, del presente año, los Obispos de la Comisión para la Vida Consagrada.

Ellos, en su Mensaje para hoy, afirman que “la vida consagrada es la respuesta del encuentro personal con Dios, que se hace envío y anuncio. Esta Jornada debe ser ocasión para promover el conocimiento y la estima de la vida consagrada como forma de vida que asume y encarna el encuentro con el amor de Dios y con los hermanos, manifestado en la entrega profética desde cada carisma fundacional”.

Miremos, para ello, al Evangelio que hemos escuchado, donde no sólo María y José, también Simeón y Ana nos son modélicos en nuestra respuesta al amor que Dios nos tiene y nos iluminan en nuestro encuentro con Él. Concretamente Simeón, hombre justo y piadoso, que “esperaba la consolación de Israel”, sintió el calor de ese fuego que estaba a punto de recibir: “Movido por el Espíritu, vino al Templo... le tomó en brazos y bendijo a Dios”. Como María y José, también Simeón tomó al Niño en brazos y se llenó de una consolación sin límites, hasta el punto que de su corazón brota una de las oraciones más bellas de la Biblia: “Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para alumbrar a las naciones”.

Simeón era anciano, como también la profetisa Ana (el Evangelio dice su edad, ochenta y cuatro años). En ellos están representados todo Israel y la Humanidad entera que esperaba la “redención”, pero, especialmente, podemos ver también en ellos a las personas de avanzada edad. Simeón y Ana son ejemplo de una bella forma de ser anciano. El Evangelio de hoy parece decir con voz fuerte que el tiempo de la vejez no es un naufragio, una desgracia, un tiempo más para sufrirlo tristemente que para vivirlo con esperanza.

Simeón y Ana salen de este nutrido coro de gente triste y angustiada, y parecen decir al mundo: “¡Es hermoso ser anciano!”. Su canto es inconcebible en una sociedad donde sólo cuentan la fuerza, la belleza, el

bienestar. Simeón y Ana vienen hoy a nuestro encuentro: son ellos los que anuncian el Evangelio, la Buena Noticia, a toda nuestra sociedad. Ellos no cerraron los ojos ante su debilidad, ante la disminución de sus fuerzas; y en aquel Niño encontraron una nueva compañía, una nueva energía, un sentido nuevo para vivir su vejez.

Ellos, Simeón y Ana son un ejemplo para todos los creyentes, para todos los consagrados, y en especial para los de avanzada edad. Muestran un camino espiritual para vivir la última parte de la vida. Para ellos fue la más importante, la de su gran encuentro con el Señor, y así puede ser para mucha gente mayor de hoy día.

Hoy Simeón y Ana, existen entre nosotros; y esta fiesta no sólo nos lleva a los del Evangelio que hemos leído, sino también a los que hoy viven y aman al Señor y a su Iglesia, a los muchos Simeones y Anas que viven en nuestras familias, comunidades y parroquias y hacen de su vida un permanente servicio, amando, acogiendo al Señor y comunicando su presencia, su amor y su venida con gozo y esperanza.

A todos os invito, con la ayuda de Dios, a imitarles; en especial animo a mis hermanos consagrados a redescubrir constantemente la grandeza del don recibido, como “encuentro con el amor de Dios”, del que sois con toda vuestra vida testimonio en medio de nuestra Iglesia. Que María, nos siga trayendo a Jesús, luz de nuestras vidas, Salvador nuestro, e intercediendo por todos nosotros, en especial por las consagradas y los consagrados a Dios, como ella. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.